

insensata, que por fin debia producir la ruina de sus autores; pero cuya sola idea es un monumento de su perversidad, y cuya existencia podia llegar á ser un azote para los ciudadanos, y reducir la capital al mas cruel extremo. ¿Quién pudo haber urdido los primeros nudos de esta trama detestable? Difícil es persuadirse que tan vasta empresa la concibieran hombres inmensamente separados de todos los intereses políticos, hombres de la hez del pueblo, sin poder y sin crédito, la mayor parte reducidos á la mas espantosa miseria. Cuando se considera el ardor con que se principió esta empresa, el espíritu de consecuencia y perseverancia con que se concertaron y pusieron en accion los medios, cuando se trata de acordar ciertas fechas, reunir bajo un mismo punto de vista circunstancias extraordinarias, y unir ciertas predicciones de los patriotas de 1816 á acontecimientos conocidos, casi se llega á persuadir que obraban con plan combinado, y bajo la influencia de personajes elevados. Un grande crimen supone por lo comun un grande interés, y nadie se aventura á un peligro cierto sin alguna esperanza de vencerlo. ¿Podian los acusados lisongearse con la idea de salir vencedores contando con sus propias fuerzas en un proyecto que tendia nada menos que á destruir el trono y trastornar enteramente las instituciones de la Francia? Debemos convenir en que no eran mas que instrumentos en manos de hombres de mas importancia: así se ha dicho desde un principio y es difícil dejar de repetirlo aun, sin que podamos menos de llorar la fatal ceguedad que con frecuencia precipitó á los últimos escesos á unos hombres destinados por su condicion á gozar de las dulzuras de una vida sencilla y tranquila. Este pueblo, tan sensato en todas aquellas cosas que están á su alcance, cae en los mayores errores cuando quiere elevarse de la esfera de su comprehension, y el lazo mas peligroso que sin contradiccion se le tiende, es la manía de las discusiones políticas. En estas divagaciones, en que el mas extraño abuso de las palabras ocupa por lo comun el lugar de la razon, en que se desnaturalizan todos los hechos, en que se confunden todas las ideas y en que lo verdadero no se sostiene jamás junto á lo absurdo, se acreditan los errores mas groseros, se propagan las doctrinas mas funestas, se exaltan las cabezas y fermenta el espíritu de insubordinacion; y despues de haber hecho de un jornalero ó de un artesano un orador de taberna, transforma esta manía con frecuencia una tienda ó un taller en un lugar de sediccion: los agitadores y ambiciosos echan siempre mano de esta idea lisongera para alucinar al pueblo, y arrojarle en una empresa temeraria de la que infaliblemente es la vícti-